



Hay una pintada ya troceada que ir a buscar a la otra punta de la ciudad. Hay que recorrer más de media avenida, via Roma por completo, tomar la bajada con las manos en los frenos, entrar en la tienda no más tarde de las 8:35, volver a casa con la pintada tras repetir al contrario el trayecto, desviarse en un punto determinado, llegar al instituto para la segunda hora. Hacer pipí, por supuesto. Entrar en el aula, saludar, no sonreír.

Solo Eldo sabe cortar la pintada sin destrozar las articulaciones. Las astillas son un peligro, se clavan traicioneramente en las encías, hieren la lengua, agujerean el estómago y te arruinan el gusto y la comida. Eldo es el único que sabe elegir bien las pintadas. Eldo es el único que sabe cómo quiere la señora que se despiece la pintada. Con las pintadas, una solo se puede fiar de Eldo.

Las conejas, en cambio, mejor en lo de Sergio, que garantiza personalmente que se trata de ejemplares hembras, más tiernas que los machos, fibrosos y duros porque montan, es decir, copulan y se reproducen. Pero a la tienda de Sergio hay que ir personalmente y, mientras trocea la coneja sin destrozar las junturas y le quita la grasa que agria el sabor, debes

quedarte allí, pues a Sergio le gusta trabajar acompañado, charlar.

En la tienda de Sergio siempre hay cola, es casi una plaza en miniatura. Su mujer te dice que te sientes, ofrece caramelos, y Sergio se da al cuchillo, los codos a sus anchas, una sonrisa generosa, la mirada gacha, la explicación de la última excursión por la montaña o de las razones por las que ha habido que suspenderla. Allí, quien tiene algo que decir lo dice. Sergio trabaja en directo, no acepta encargos. Eldo prefiere la soledad, los tendones identificados y cortados en la trastienda, en silencio, con el frío de la cámara. Se dice que de joven acarició la idea de ingresar en un monasterio trapense. A Eldo se le llama antes por teléfono, a lo de Sergio hay que ir por fuerza.

Para la ternera es igual uno que otro, depende del humor que esté una.

A papá no le gusta el pollo; del pavo ya ni hablemos. En las eras de las casas de campo de por aquí no verás que críen pavos, ni hablar.

¡Ya basta de bicicleta arriba y abajo! Es peligrosa, te puedes caer, hay coches, y viento. Aire de fisura, aire de sepultura. Como una cabra loca. No sé por qué no coges el coche. Tozuda, más que tozuda. Así adelgazo. Estás delgada; toda huesos eres. Tener un coche para que se quede siempre en el garaje, pagar el impuesto de circulación, sin contar el seguro. Ya verás que un día te atropellan, más loca que una cabra loca.

A la hora de la comida, la pintada triunfará en el centro de la mesa redonda, sobre el protector de franela, sobre el mantel antimanchas, sobre el salvamanteles Recuerdo de Nola *made in China*, en el perol con termómetro integrado en la cobertera, en la nata líquida y el aceite y las hierbas aromáticas, en las nubes de vapores. Como guarnición, patatas

al vapor; manzanas de postre. No hace falta primer plato, ya están las patatas. No llegues tarde, si recalientas la pintada, adiós, echada a perder, sabe a rancio. Maldita bici, a ver si sientas la cabeza.

Teresa ata la bici al palo de la señal de prohibido aparcar con la cadena recubierta de plástico verde esmeralda, rayado con tonos negruzcos por culpa del uso. La cadena es una cosa muerta, seca y momificada, pero se rebela. Teresa la dobla, la enrolla en espiral, esculpe la rigidez. La serpiente acaba domada, la propiedad está segura. Levanta la cabeza y expulsa el aire del cigarrillo hacia un cielo gris como los chuchos a los que llaman Luna o Copito y que acompañan a las ancianas que cuando se la cruzan por la calle la paran y le preguntan ¿cómo está tu madre?, ¿cómo está tu padre? Y Teresa recita lo de las arritmias maternas y describe las pájaras mentales del padre, y los chuchos huelen a rancio y lo intuyen desde lejos pero cuando los tienes a los pies el olor se te pega a la garganta. Las ancianas asienten y envidian: mala cosa llegar a viejos, qué suerte tienen tus padres, menos mal que te tienen a ti, que los cuidas y ayudas. Pero las miradas gachas de las ancianas se vuelven ojos abiertos y centelleantes, no es por culpa de la desgracia por lo que viven solas con Luna o Copito, o incluso con un marido medio atontado pero capaz de destrozar el sofá y una lista de enfermedades en su mayoría inventadas, no, no, no. Ellas están solas porque Dios las ama, las tiene en consideración y recompensa sin ahorrar en gastos sus martirios como madres-coleccionistas de sacrificios bien visibles, perfectamente reconocibles, todos han podido ver sus sacrificios porque sus hijos han triunfado y están lejos, en Londres, en Berlín, y uno hasta en Nueva York. ¿Cómo van a cuidar, pobrecitos, de sus padres? Con lo muchísimo que trabajan. Tienen familias internacionales.

En cambio, tú, Tere, lo dice siempre tu madre, que a ti hay cosas que no te interesan, que ya estás bien así, que eres una persona tranquila, reservada, que has preferido esto, que lo has elegido tú, que no querías casarte, que a ti hay cosas que no te interesan, no tenías ganas de irte de aquí, te gustan las cosas sencillas, te contentas, eres modesta, eres muy sensible, Tere. Y cuando las ancianas están de buen humor, llenas de energía y las ganas de demostrar que han triunfado aparecen como lágrimas viscosas, entonces sacan el teléfono del bolso y enseñan las fotos, para que vea Teresa: fotos de hijos encorbatados, fotos de hijas con zapatos de tacón, fotos de nietos que ya no pueden ser más inteligentes. Vale, se hace tarde, ¡Luna, ven!, ¡vamos, Copito!, deja el cadáver de Teresa, huele a rancio, a la menestra con berza que hizo anoche su madre porque ella, pobrecilla, ni siquiera sabe cortar las berzas.

La Escuela de Recuperación —diploma garantizado en un año— está en la planta baja de un edificio cerca de la estación. El orgullo de la Escuela —el único— es estar cerca de los servicios básicos de transporte. La puerta que lleva a los pisos del edificio resiste aún, a la defensiva; en el otro extremo, un gimnasio que ofrece pilates, yoga y masajes *shiat-su*. Las dueñas de ambos establecimientos, que inicialmente tenían buenas relaciones a la espera de obtener beneficios recíprocos —descuentos por inscripción a ambos, tarjetas de cliente, promociones *do ut des*—, ahora se pelean por el aparcamiento, sobre todo en invierno y, sobre todo, entre las dieciocho horas y las veintidós. Los vecinos las odian, el administrador de fincas las invita a ser razonables: la mitad del aparcamiento para una, la otra mitad para otra.

La dueña de la Escuela de Recuperación sostiene, y Teresa está de acuerdo con ella, que las culonas del gimnasio holístico podrían —es más, deberían— aparcar lejos y caminar

un poco para intensificar los beneficios de la actividad física, pagada cara carísima, y que además —por Dios—, llamar actividad física a lo que hacen, dejémoslo estar, mientras que a verla a ella —y llegados a este punto de la invectiva aprieta los botones acolchados del sentimentalismo social—, por las tardes, no van los jovencitos creídos y malcriados que no quieren hacer nada en esta vida, no, no, no, donde ella trabaja va gente de bien, van los trabajadores, personas que no tuvieron la suerte de estudiar cuando era el momento, gente que trabaja como mulos, con callos en las manos tras ocho horas en la fábrica o de limpiar, y tú, justamente tú, que vas de holística, ¿quieres que aparquen lejos? ¿Cómo te atreves?

La dueña del gimnasio, por su parte, argumenta los dolores de ciática, los peculiares dolores de las mujeres para las que subir a un coche, poner en marcha un motor, atravesar una verja e incluso, a veces, salir de un aparcamiento subterráneo y conducir hasta allí supone una conquista de la autonomía después de años y años de depresión y de ataques de pánico y de conciencia de ser la mitad de nada y, además —perdona, oye—, la cuestión de la seguridad, ¿qué? Es cierto que esta es una ciudad pequeña, pero no señor, ¿no tienes en cuenta el miedo a ser violentada cerca de la estación? Así pues, la cuestión del aparcamiento sigue sin resolverse.

El administrador de fincas piensa, y no lo dice, que cuando dos mujeres se pelean hay poco que hacer: hasta que las gatas no se arañan del todo entre ellas y una no se sale con la suya, mejor que el gato se mantenga alejado. Los vecinos, como ya se ha dicho, las odian por el ir y venir de coches, el continuo e irrespetuoso golpear de puertas, el sollozante ruido de los motores, que se encienden y apagan continuamente de la mañana a la noche; pero será mejor que me explique. Quienes las odian de verdad, con la radicalidad del odio que es

igual igualito al furor erótico, son solo las cuatro viudas de los apartamentos del último piso —con ascensor—, a las que el jaleo sirve de catalizador y armonizador, el vínculo que las mantiene unidas, la razón de su armonía, el enemigo común al que oponerse, una buena educación, una preocupación por el decoro de los parterres y de la vida en sí, que ya no hay educación ni crianza en este mundo. Cuando la escuela y el gimnasio están cerrados, quedan los geranios, los ciclaminos —el mío es más rojo, el mío tiene los pétalos grasos—, no se invitan a tomar el café descafeinado, ni siquiera se piden una taza de azúcar, en préstamo, por supuesto (se devuelve el favor con un paquete entero, nuevo, de un kilo). Los otros vecinos tienen aparcamiento propio, en el garaje, plazas numeradas, delimitadas y, como mucho, tienen una selección de brezos y de cactus en el alféizar. La dueña de la escuela es la prima de Teresa. Es muy fea, muy emprendedora.

Teresa ha acabado las dos horas de clase. De pie, con las manos abiertas sobre la mesa pone una batería de deberes para el día siguiente y no acepta refunfuños: ¿Queréis recuperar en pocos meses las gansadas de años? Entonces, al trabajo. Y nada de «prof», llamadme «profesora». No se lo cree ni ella. Baja la mirada hasta unos pantalones ajustadísimos, rajados, llenos de hilachos blancos, unos tejanos llenos de muslos húmedos que pugnan por salir. Los tejanos cruzan las piernas por debajo de la mesa. Los luce una rubia tersa, dieciocho años y coche, capaz de utilizar palabras inglesas inexistentes y de radicar autores franceses en Estados Unidos. Os recuerdo que, aunque esta sea una escuela privada, sigue siendo una escuela, por lo que sería conveniente un poco de decoro en el vestir.

Arde por dentro, imagina un rudo caballo que le martiriza el pubis y le destroza las bragas de algodón blanco. Nunca

ha tenido, y por tanto nunca se ha puesto, unos tejanos. La alegría de saberse mala le llega inmediata a la conciencia y le estimula la sonrisa. Hasta mañana, y haced los deberes. Se le acerca la jovencísima profesora de italiano, cubierta con vistosos accesorios y por eso carente de formas definidas; la prima, ocupadísima en el despacho, le devuelve el saludo con un gesto de la cabeza grasienta y canosa. No tiene tiempo de ir a la peluquería, no tiene tiempo para morir de la misma soledad que Teresa, no tiene tiempo para muscularse e ir al gimnasio, mucho menos para ir al dentista y que le ponga en orden los dientes torcidos y amarillentos, no tiene tiempo para comprarse vestidos nuevos —de hombres ya ni hablemos—, cuando se dirige una empresa de este tipo y hay que sacarla adelante se va hacia adelante tal como se es, como un *wanderer* sin respiro, melencólico, lleno de celo reformista, pero agobiado por los gastos corrientes.

Teresa fuma un cigarrillo apoyada en su bicicleta. Anoche soñó que Alessandro la besaba. Le da vueltas la cabeza, teme ser una pervertida. Ha notado perfectamente dentro de la boca la lengua de Alessandro, era real. Qué suavidad, qué contacto tan agradable, cuánta saliva cabe en una boca, increíble, como para regar un parterre de rosas. En el próximo sueño le gustaría que él le regalase un ramo de rosas rojas, pequeñas y olorosas. Mientras piensa y las abraza y se las agradece emocionada, nota un límpido olor a rosas, balsámico, inconfundible porque es opulento y nocturno y no, no son geranios —es imposible confundir estas dos clases de flores—, no es el perfume de las señoras que pasan a su lado, tampoco es el olor a desodorante que huye de un coche al abrir la portezuela, es el olor de una rosa de amor verdaderamente verdadera, invisible, sí, como sucede con las violetas del padre Pio. Y si algo es imposible, basta con reconocer su

existencia hasta que se desvanezca y deje de perturbar la realidad, hasta que deje de obligar a exponerse públicamente y se quede en milagro privado, en una verdad privada irrefutable.

Quién sabe por dónde estará aquel chaval. Quién sabe si, sin el graduado escolar, habrá sido capaz de llegar a algún lado. Le prestaba a menudo el mechero entre clase y clase, la perseguía con la mirada desde un rincón del diminuto patio de recreo, al lado de los cubos de la basura desde los que a ella le alcanzaban los olores de la descomposición de los azúcares; era tan amable, tan rubio, aunque castaño en los modales.

Y esto, para ella, sería ya conseguir algo, si este fuera un mundo justo. Los órganos vitales flotan en agua. Vuelve el reuma a las manos como todos los años apenas hace humedad, el tiempo le recuerda que es vieja. Empiezan las clases, empieza el otoño. Le pasaba el mechero extendiendo el brazo, sin decir nada, no quería conversación ni con ella ni con nadie. La paz del ramo ofrece, no pide, ocupa espacio. Corre en bicicleta Teresa, pedalea y pedalea y tarda menos de lo habitual en llegar a casa para comer la pintada troceada que flota en la nata líquida. Cuando abre la puerta, su madre acaba de apagar el fuego del perol y se asusta, qué miedo, ¿ya estás aquí, cabra loca?

Llegados a este punto, la historia que te cuento —¿consigo hacer que te la imagines?— exigiría la exposición del querido diario de Teresa. Tengo dudas, no quisiera que le faltaras al respeto. Te lo ruego, no lo hagas. Si ella desapareciera durante —pongamos— un mes y su desaparición fuese —obviamente— denunciada a las autoridades y luego desmenuzada en televisión, muchos, por culpa del diario, le faltarían al respeto, lo someterían a pericias grafológicas —como siempre, hay una grafóloga mitómana, un periodista que quería

escribir novelas de amor, un abogado que se lo debe todo a la arteterapia— y concluirían que hay en él inmadurez afectiva, desconfianza, cartas con globitos, un corazón soñador, mil amenidades que también son las mías y aun las tuyas y aun de quien podría escribir artículos con mermelada en la que ella deviene «paloma» y «alma cándida». No seas cruel. No seas sentimental. Intenta sentir de verdad algo y, si no consigues procurarte un drama, vívelo sin pensar por un instante que después, después, recibirás una recompensa, vive en soledad sin echar culpas como quien reparte bomboneras en la primera comunión y solo entonces pregúntate cómo te sentirías si una reata de excavadoras de alquiler —botas de agua en oferta— te sondase el alma, nota el asco que te daría que alguien con el pelo perfumado con crema balsámica le explicase a la gente en casa que eres un pollito indefenso al que hay que dar palmaditas en la cabecita, pobre animalito, demasiado buena para este mundo, espectadores que querrán saber todo de ti para no saber nada, para poder confirmar lo que ya había sido decidido, para no mirarte a la cara ni siquiera de refilón.

Ahora puedes empezar a leer. No está escrito que ella desaparezca durante un mes.

* * *

Me siento ridícula al empezar un diario a mis años, pero no tengo otra salida. Quisiera ir al psicólogo, no puedo. No, no quisiera ir al psicólogo, aunque debería, por lo de la locura, creo. No se me ocurre nada más.

Lo que pasa es que mi madre me haría demasiadas preguntas, que qué problemas tengo, y diría que, si acaso, es ella quien lo necesita, por eso de que papá exige mucha atención, de que la casa da